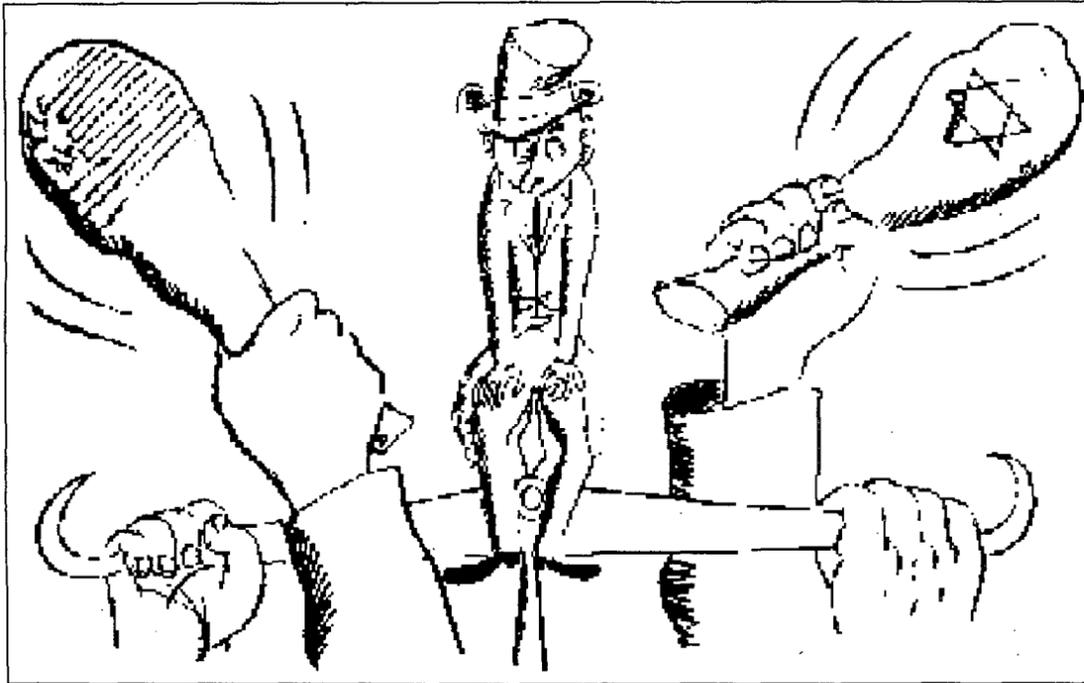


CORAZÓN SIN CORAZA POR ISMAEL MEDINA

El genocidio es democrático y humanitario si lo comete el imperio

Se ha escuchado con insistencia durante las últimas semanas, al amparo de las decisiones de la justicia británica sobre la demanda garzoniana de extradición de Pinochet: "Los dictadores ya no podrán cometer impunemente torturas ni crímenes contra la humanidad". La acusación de criminal de guerra al nacionalcomunista serbio Milóšević, al amparo de la gran campaña orquestada en torno a Pinochet, ha servido para justificar una agresión sobre el pueblo serbio nada distinta a la que todavía padece el iraquí y sufre el kurdo, brutalmente aplastado por los turcos, incluso en territorio de Irak, sin que se sientan heridos en su humanitarismo los que se dicen demócratas. Podrían aducirse otros muchos ejemplos para desembocar finalmente en una obvia conclusión: son crímenes contra la humanidad los que se atribuyen a los malquistos por el imperio; pero son "acciones humanitarias" los que se cometen en nombre de la democracia imperialista.

Vivimos -más apropiado sería decir que subsistimos- atrapados en la gran falacia que denunciaba el filósofo alemán Ernst Nolte: el pensamiento científico no puede admitir que, como pretende el imperio, sólo existe un "bien absoluto", lo autodefinido como democrático, frente a un "mal absoluto", lo definido como antidemocrático, tiránico, dictatorial, fascista, etc., espacio al que sólo es atribuible el "crimen único". Nos aplasta el mito mesiánico de la república universal, en virtud del cual, sostiene Norberto R. Ceresole ("La falsificación de la realidad", Ediciones Libertarias), "está prohibido revisar, está prohibido afirmar, está prohibido negar, siempre y cuando uno no forme parte del bando del *bien absoluto*, lo que automáticamente implica estar del lado del *mal absoluto*". Es decir, estamos en las antípodas de la vida, del pensamiento científico, de la libertad proclamada por todas las Constituciones del Mundo Occidental". Las solemnes proclamaciones constitucionales, al igual que la pomposa Declaración Universal de los Derechos Humanos, han degenerado en manos del imperio y de sus cipayos, hasta convertirse en pretexto para atroces represalias contra los que se rebelan y en cobertura de los propios vicios



totalitarios.

Lamenta Martín Prieto que de las guerras actuales tenemos menos información directa, y por tanto verídica, que cuando las noticias se enviaban por medio de palomas mensajeras. ¿Libertad de información? Sólo se permite para exaltar el "bien absoluto" de una supuesta democracia y para condenar el "mal absoluto", tal y como en cada coyuntura decidan quienes realmente mandan en el imperio, que no son precisamente los instalados en la Casa Blanca en torno a ese tragicómico pelele que atiende por el nombre de Bill Clinton. Son los que mueven el poder financiero globalizado, los que por medio de espectaculares procesos de concentración controlan los grandes grupos mediáticos que han convertido la información en un perverso alucinógeno.

Hemos asistido a los lamentos de los periodistas españoles y extranjeros expulsados de Yugoslavia. Acusaban a las autoridades serbias de aplastar la libertad de información. Otra falacia. ¿Acaso es admisible la permanencia en un país agredido de los enviados especiales de los estados agresores? Ni un sólo periodista árabe o de países islámicos fue admitido en ninguna de las guerras expansionistas de Israel. A una capitán del Shin Beth se le metió en la cabeza que yo era árabe y estuvieron a punto de echarme. En aquella ocasión y en otras descubrí que la mayoría de los enviados especiales de las naciones más poderosas y mejor organizadas eran agentes de sus servicios secretos. A esa doble

condición respondían Capote y Hemingway cuando vinieron a la guerra de España. La lista sería interminable. Todos los países pertenecientes a la OTAN han declarado unilateralmente la guerra a la nación serbia y la bombardean brutalmente día tras día. Sería necio que los agredidos admitieran añadir a la manipulación informativa externa la desvirtuada desde su suelo.

Sólo los tontos de capirote o los cínicos incorregibles pueden negar que el mundo está administrado totalitariamente por el imperio, que la ONU está a su servicio, que la OTAN es su brazo mercenario, que la Unión Europea es su sucursal financiera, que los gobiernos "democráticos" son gobiernos dependientes y que quienes pretendan sacudir el yugo se transformarán de inmediato en "mal absoluto", serán acusados de "crímenes contra la humanidad" y se verán aplastados.

Es suficientemente expresivo lo ocurrido en Paraguay. Raúl Cubas ganó las elecciones presidenciales con la promesa de que pondría en libertad al general Lino Oviedo, el militar que forzó a Stroessner al abandono pacífico del poder. Poco habría importado al imperio el sarpullido nacionalista paraguayo encabezado por Oviedo si en el entretanto no se hubiera registrado el triunfo espectacular del bolivariano Chávez en Venezuela. Un sólo libertador era peligroso en un espacio tan convulso y arteramente empobrecido como el iberoamericano. Pero dos se hacía inquietante por lo que pudiera tener de contagiosa multiplicación. Incluso el retorcido

"efecto Pinochet", servido por el solícito Garzón, podría tomar derroteros contrarios a los perseguidos. El imperio movió a su subordinado Argaya contra Cubas y Oviedo para convertirlo en héroe democrático. Y luego, en martir de la libertad, sobre cuyo cadáver procedieron sus verdaderos asesinos a instrumentar el doble juego de la revuelta y la represión, activado por la misma mano que tenía dispuesto el acceso a la presidencia del subordinado Luis González Macchi. Todo grotescamente burdo. Pero el imperio domina los circuitos de la información, repletos de dependientes y subordinados, dispuestos a que la mentira prevalezca como verdad.

Sucede igual en los espacios del "pensamiento único" o "tercera vía", eufemismos encubridores del totalitarismo partitocrático. Dependen del imperio y al imperio obedecen. Tanto da que en los gobiernos se aposenten socialdemócratas o conservadores. Hacen la misma política servil con escarapelas distintas. El PSOE se desdijo de su no a la OTAN cuando Washington lo ordenó a Felipe González. Uno de los agentes predilectos y dúctiles del imperio, Javier Solana, fue puesto al frente de la organización-mercenaria europea. España participó bajo gobernación sociata en la "guerra del Golfo" y facilitó oscuras acciones imperiales de castigo sin previa consulta parlamentaria ni mayores explicaciones. Y ahora se acusa a Aznar de participar en la guerra contra Serbia sin la autorización de las cámaras. La desfachatez y la estulticia van

de la mano. Al entrar en una alianza político-militar como la OTAN, se contraen obligaciones inexcusables que aparejan la correspondiente cesión de soberanía. Si el imperio decide emprender una guerra, la OTAN pone en marcha disciplinadamente su máquina militar y los gobiernos cipayos obedecen sin rechistar, sea su etiqueta de izquierda o de derecha. Fue la causa de que Franco rechazara la oferta USA de entrar en Alianza del Atlántico Norte ("Misiones discretas", Vernon A. Walters, Ed. Planeta) y prefiriera los acuerdos bilaterales, renovables cuatrienalmente y con ayudas en vez de cargas.

Al imperio le trae sin cuidado la suerte de los albanokosovares. Alimentó y excitó la guerrilla independentista para provocar la represalia serbia y disponer de una coartada que justificara un gigantesco despliegue de destrucción con fines "humanitarios". Viene haciéndolo desde hace años en los Balcanes. Y en Irak, donde ya han muerto casi un millón de niños por falta de atención sanitaria y desnutrición. También, por supuesto, y al igual que los bombardeos en Serbia, con fines "humanitarios" y al servicio de la democracia.

Sea por servidumbre o por idiotéz se oculta quienes son los verdaderos beneficiarios de este humanitarismo democrático. El gobierno federal concedió 100.000 millones a la industria norteamericana de armamento después de concluida la agresión a Irak. Para mantenerla viva se precisan guerras en las que usar masivamente los carísimos y modernos ingenios de destrucción y muerte. Conviene recordar que el tráfico de armas ascendió en 1996 a unos 600.000 millones de dólares. Y que industria militar y canales financieros están en manos de los que realmente mandan en el imperio.

Los judíos expulsaron a los árabes de Palestina para crear el Estado de Israel con análogos métodos que ahora los serbios en Kosovo. No son muy distintos los sistemas de represión actuales en uno y otro territorio. En Israel es legal torturar a los palestinos acusados de terrorismo. Pero en Israel es democrático lo que son crímenes contra la humanidad allí donde interesa al imperio vaciar su arsenal militar.